



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

CONCHA MARTÍNEZ



Viéndola hacer *Caramelo*,
decía ayer un goloso:
—¡Ay! ¡qué dulce tan sabroso!
Una chupada, ¡y al cielo!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Aurora, por Miguel Ramos Carrión.—Estricta justicia, por Fiacro Yrázoz.—Palique, por *Clarin*.—¡Como otras!, por Eduardo de Palacio.—Lluvia menuda, por Sinisio Delgado.—El moscón, por F. Serrano de la Pedrosa.—A Facundo, por Eustoquio Laso y Bañares.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Concha Martínez, por *Mecachis*.—El submarino, por Cilla.—Los avisos útiles, por *Mecachis*.



DESDE VIGO

¡Ay, qué viaje!

Calor, polvo, viajeros antipáticos, de todo ha habido durante las veintinueve horas que dura la expedición.

Llevábamos en el coche una señora viuda con pretensiones amorosas, debajo de un sombrero de paja lleno de cintas, que más que sombrero parecía una palangana. Al lado de la señora iba un matrimonio con dos niños color de aceituna, que no hacían más que asomarse á las ventanillas, atropellando las piernas de los viajeros. Frente al matrimonio se sentaba un sacerdote vascongado, que no hizo más que entrar y quitarse las botas, sustituyéndolas con unas zapatillas de tamaño colosal; quiso meter las botas en el saco de noche y no pudo; entonces las colocó en la rejilla del coche, entre la merienda del matrimonio y un botijo perteneciente á la viuda.

En toda mi vida he visto viajeros más impertinentes. La mamá de los niños hizo todo su viaje gruñendo, unas veces con su esposo, otras veces con la viuda y otras veces con el revisor, á quien calificaba de "desconfiado," porque le pedía los billetes. La viuda á su vez lanzaba quejas al aire cada cinco minutos.

—¡Ay! ¡Qué rato voy pasando!

—¿Por qué, señora?

—Porque han abierto ustedes esa ventanilla y hay aquí una comunicación horrorosa. ¿Me hace usted el favor de fumar hacia la derecha? Échele usted el humo á ese señor sacerdote, que estará más acostumbrado que yo.... Tenga usted la bondad de colocar las piernas de otro modo, que no puedo revolverme. ¿Quiere usted alcanzarme ese botijo? Yo sin agua no puedo viajar, porque me reseco toda.

Y el botijo pasaba á cada momento desde la rejilla á las manos de la viuda.

En el coche reinaba la oscuridad más profunda, porque las empresas economizan el aceite hasta un punto inverosímil. Quería uno rascarse la nariz, y se la rascaba al sacerdote; iba uno á poner un pie sobre el asiento de enfrente, y se lo ponía á la viuda en la boca del estómago, haciéndole lanzar un grito, mitad honesto, mitad doloroso.

Al llegar á Segovia penetró en el carruaje un caballero gordo, con una sombrerera de cartón, un lío y dos maletas.

—¡Esto sólo nos faltaba!—dijo la mamá de los niños, agitándose en su asiento convulsivamente.

—Siento mucho tener que molestar—contestó el caballero gordo.

—¡Hum!....—gruñó el sacerdote.

—Tenga usted la bondad de no pisarme, porque me ha salido un callito en el dedo chiquitín, y todos los golpes van á parar á él—dijo la viuda.

El caballero gordo, de pie en el centro del coche, dirigía miradas á todas partes, á fin de buscar asiento y ver de colocar las maletas. El farol del techo lanzaba sus últimos resplandores.

—¿Dónde pongo yo mi equipaje?—preguntó el recién llegado.

—Allá usted—contestó el esposo de la señora.

—¡Hum!....—volvió á decir el cura.

Los niños se habían puesto de pie, para ver de cerca al caballero y tocarle el gabán; el caballero, después de meditar durante algunos minutos, cogió una de las maletas y fué á colocarla en la rejilla, impulsándola con violencia; pero lo que hizo fué romper el botijo de la viuda, inundando al sacerdote, que estaba debajo.

—¡Bruto!—gritó éste, poniéndose de pie y llevándose las manos al gorro.

—Usted dispense—balbuceó el caballero.

Á todo esto la viuda se lamentaba á grandes voces; la mamá de los niños comenzó á protestar, y el esposo, fuera de sí, increpaba al caballero y le metía los puños por los ojos, hasta que éste perdió la calma y levantó la sombrerera de cartón, con ánimo de rompérsela en el cráneo á cualquiera de sus enemigos.

—¡Pues no faltaba más!—gritaba.—Yo tengo el derecho de colocar mi equipaje, y si se ha roto el botijo, que se rompa. ¡Pues hombre! He viajado mucho, y nunca me ha sucedido cosa semejante. ¿Por quién me han tomado ustedes?

—Busque usted otro coche—replicó el esposo de la señora.

—¡No me da la gana!

—Pues haga usted lo que quiera.

—Ya se ve que lo haré. ¡Pues hombre!

Y se sentó donde quiso, después de tirar por la ventanilla los cacharros del botijo y de colocar las maletas donde tuvo por conveniente.

El cura, entretanto, se enjugaba el pelo con una cortinilla; después retorció el gorro y lo puso á secar; después sacó del bolsillo un pañuelo de hierbas y se lo ató á la cabeza.

Más que sacerdote parecía una portera en traje de confianza.

En León cambiaron de tren casi todos los viajeros: el caballero gordo, el sacerdote y el matrimonio intransigente. La viuda permaneció en el carruaje, lanzando suspiros y dirigiéndome preguntas del tenor siguiente:

—¿Va usted á Galicia?

—Sí, señora.

—Yo también.

—Lo celebro.

—¿Eso que tiene usted en la nariz es un grano?

—No señora, es un lunar.

—Pues le cae á usted muy bien. ¡Como es usted moreno claro!

—Favor que usted me dispensa.

—Yo voy á la Coruña.

—Me alegro tanto.

—Porque mi esposo se murió allí estando de guarnición. Á mí me cogió el suceso en Calatayud.

—¡Qué cosa tan rara!

—Había ido á conocer á una tía de mi madre, que estaba en muy buena posición porque tenía un fábrica de velas, y recibí la noticia cuando menos lo esperaba. Nos queríamos mucho Peláez y yo. Mi esposo se llamaba Peláez; de seguro que ha oído usted hablar de él. ¿Se acuerda usted de uno que se escapó con el asistente, allá por el año de 75?

—No señora, no recuerdo.

—Pues es raro, porque vino en los periódicos. Él no se escapó con ningún fin malo, sino por una riña que tuvo con el teniente coronel, y para vengarse se marchó con el asistente y estuvieron en África dos años, haciendo de moros. Allí el sultán se los llevó para su casa, y como mi esposo era muy dispuesto, le hizo callista suyo y al asistente le dedicó al planchado. Después ellos se aburrían, porque Peláez no tenía libertad y le obligaban á pasarse el día rascándole al sultán en las plantas de los pies con un serrucho. Yo le conocí en Málaga, de vuelta de Marruecos vendiendo babuchas, y me enamoré como una tonta, hasta que nos casamos. ¡Ay! ¡Qué corazón tenía aquel hombre! Era un poco bruto y por cualquier cosa me levantaba la mano, pero después que se le pasaba la incomodidad, daba la sangre de sus venas. ¡Pobrecito! Se murió impensadamente; estaba bueno y sano, pero fué á tirarle un mordisco á un cabo segundo, que le había faltado al respeto, y tropezó con una cartuchera; quiso guardar el equilibrio y no pudo. En aquel momento le llamó el comandante; fué á volver la cabeza, y ¡tras! se cayó al pozo. Cuando le extrajeron, ¡ya era cadáver!

La viuda vino dándome conversación hasta Vigo, donde la he

dejado instalada en casa de D. Honorato, el patrón cariñoso de que hablábamos el otro día.

Supongo que á estas horas habrá vuelto loco á D. Honorato y á todos los huéspedes.

Porque yo no he podido todavía volver á la razón, á consecuencia del mareo que me ha producido esta viuda martirizadora.

Perdonen, pues, mis lectores que no les hable nada de Vigo. Gracias si he podido escribir estas líneas incoherentes....

LUIS TABOADA.

AURORA

Los animales son madrugadores
(sencilla observación que hace cualquiera):
gocen ellos del sol la luz primera
y del alba los pálidos fulgores.

Despiértense los pájaros cantores,
hijos de la florida primavera,
y vayan muy temprano á la pradera
labriegos y gañanes y pastores.

El hombre culto, no; siempre á tal hora
dormido ocupe el lecho todavía,
disfrutando molicie seductora.

Yo sólo con placer madrugaría
por gozar los encantos de una aurora....
que es Aurora González y García.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

ESTRICTA JUSTICIA

Me ha dicho mi portero
que la señora
del principal
avalcarnero
y está enredada
con un *fiscal*.

La del segundo piso,
según me dice,
tiene también
no se qué compromiso
con un *notario*
que es de Jaén.

Y la del entresuelo
tiene amoríos,
por tradición,
con un tal don Carmelo,
que es *escribano*
de profesión.

La que ocupa el tercero
sospecha el hombre,
sin murmurar,
que derrocha el dinero
que un *magistrado*
le suele dar.

De lo cual se deduce
sencillamente,
sin ser cruel,
que todo lo que luce
son caprichitos
que salen de él.

Me ha contado en seguida
que la del *cuarto*,
doña Leonor,
dicen que está metida
con un sujeto
que es *relator*.

Y la del sotabanco,
que es estanquera
y es de Jerez,

le ha buscado el estanco
su prometido,
que hoy día es *juez*.

Pues bien, el buen Mauricio,
que es el que cuida
de mi portal,
tiene pendiente un juicio
con un juzgado
municipal.

Y aunque el hombre temía
que fuera grave
la tal cuestión,
anteayer me decía
con inocente
satisfacción:

«¡Yo no quiero testigos!
¡No me hacen falta,
porque es igual!
¡Si tengo por amigos
toda la Audiencia
territorial!

Como tengo poderes,
si me condenan
por eso á mí,
subo los alquileres
á las *señoras*....
¡Yo soy así!

Ya les tengo advertidos
para que luego
no *haiga* cuestión,
y estando prevenidos,
ya sólo espero
la absolución.»

.....
Se ha celebrado el juicio,
y aunque ellos nada
tienen que ver,
han absuelto á Mauricio....
¡Si eso tenía
que suceder!....

FIACRO YRÁYZOZ.

PALIQUE

A los que dicen que la poesía está llamada á desaparecer, como si fuera caja del Estado, les recomiendo que consulten las *estadísticas* literarias del pasado año *económico*, y verán lo que es bueno.

Con permiso de ustedes vamos á pasar revista rapidísima á la producción poética de Europa desde Julio de 1889 á Julio de

1890. Y vamos á pasar esa revista con ayuda de vecino. El vecino será esta vez *The Athenæum*, que en su número de 5 de Julio publica, según costumbre, una reseña de la literatura de toda Europa, del continente (1), se entiende, empezando por Bélgica y acabando por España. Estas reseñas están recomendadas á sendos corresponsales literarios de las respectivas naciones, y entre ellos hay nombres tan respetables como el del famoso crítico italiano Bonghi.

Es claro que en esta enumeración sólo se trata de obras notables por un concepto ó por otro, porque si se fuera á contar todo lo que se escribe en un año en verso, ¡Dios me ampare!

En Bélgica, tal vez á imitación de la *antigua* "Joven Alemania," existe ahora una escuela literaria titulada "La Joven Bélgica," y en el año indicado ha producido esta escuela, ó lo que sea, entre muchos otros libros de poesías, los siguientes: *El arte en el destierro*, por Jorge Rodenbach; *La Princesa Maleine*, imitación de Shakespeare, por Mauricio Maeterling. La poesía flamenca (de verdad, de allá) nos ofrece *Rouso-Violen* (lamento de las violetas, como si dijéramos), por una poetisa muy joven, Elena Swarth, y *Gedichten* (poesías), por Hilda Ram. En la poesía dramática se cita *De Dood van Karel de Grede* (la muerte del Conde Carlos el Bueno), por Julio Plancquaert.

En Bohemia la cosecha poética parece que ha sido buena este año. Allí hay dos tendencias: la nacional y la romántica, la que frisa en el pesimismo. La escuela patriótica ha producido *Cantos del campo y sonetos bohemios*, por José Sladek, y con el nombre, que no se puede leer por acá, de *Zpodlkonosi* (propongo que se llame así á Martínez Campos), ha dado á luz Grina Geissel una gran colección de cantos patrióticos. Ruzena Jeseuska ha publicado *Sonrisas*, en que hay patriotismo, ternura y profundo pensamiento. El jefe del grupo pesimista, que se llama, como quien no dice nada, Jaroslao Urechlick'y, publicó este año *Días y noches* y *Almendras amargas*. Un señor Machar dió á luz *Sin nombre*, que no debe de ser imitación de Velislá. Y en seguida vienen una porción de poetas nuevos, v. gr., Klese (Poemas), Manuel, regt. z Cenkova (De mi álbum), Simón (Poemas), Klastersky (A muerte y á vida), Eliska Krasnohorska's (Sátiras), Francisco Chalupa (Cantos heroicos), y con variedad de obras poéticas de uno y otro género, hay que añadir los nombres de Jakubec, Svetopluk, Cech, Julio Zeger, etc., etc. En la poesía dramática se debe señalar: *Un general sin ejército*, por Bozdech, *Los hermanos*, por Urchilicky's (este chirliquis, por lo visto, es un estuche), *El testamento*, por Stolba's, y, por último, varias producciones escénicas de los apreciables señores Svobodás, Stronpeznicky's y demás guturales.

En Dinamarca.... No, quédense ustedes. Que no se marche nadie. Basta de broma. No les abrumo más con esta erudición *schzkanoschwiszitika* y *schzskommeleriana*, que es la cosa más fácil del mundo, y, sin embargo, ha hecho á Fabié ministro, aunque malo. Lo que sí juro que no he quitado ni puesto una sola k y que todo lo he traducido como lo he leído.

Fuera jaquecas y hablando con formalidad, repito que resulta que cada vez se *desarrolla* más la poesía en todas partes. En Dinamarca, según un señor Viggo Petersen, crítico de malas pulgas, se han escrito muchos dramones medianejos, pero las *poesías sueltas* han sido muchísimas y buenas. De Francia no necesitamos nosotros que nos hable un caballero Reinach, también de muy mal genio, y sabemos que, sin contar los versos póstumos de Víctor Hugo, que se siguen publicando, los cien poetas modernos y modernísimos, *fin du siècle*, decadentes, místicos, etc., etc., nos dan cada semana diez ó doce volúmenes donde suele haber no poco bueno entre muchas extravagancias.

En Alemania se ha fundado, á imitación del *Teatro libre* de Mr. Antoine, de París, una institución, privada hasta ahora, que se titula lo mismo, y en la que se representan obras dramáticas *naturalistas* á más no poder. Heyssé acaba de traducir magistralmente en verso los principales poetas italianos, y singularmente su versión de Leopardi ha merecido grandes elogios de la prensa italiana (véanse, por ejemplo, los de Chiarini, en la Nueva Antología). El corresponsal del *Athenæum* observa que la poesía lírica alemana actual debe su actividad principalmente á las mujeres. No podemos decir nosotros lo mismo en España, donde actualmente no tenemos una sola mujer poeta. Son también dignos de mención los poemas narrativos de Julio Wolff, Barkhardt, el anciano Frankl, Jordan, Grosse y otros. Y no copio ó traduzco nada de lo referente á la poesía dramática durante el pasado año por no acumular nombres. Baste citar los de Voss, Sudermann, Hauptmann y Kirchbach. Tocante á líricos griegos baste citar, por lo que toca al año próximo pasado, *Palabras del corazón*, por Constantino Manós, y en punto á poesía dramática, *The Times*, de Koromilas. De Holanda no diré más sino que son notables los poemas del católico Schaeppman y los versos de Schimmél.

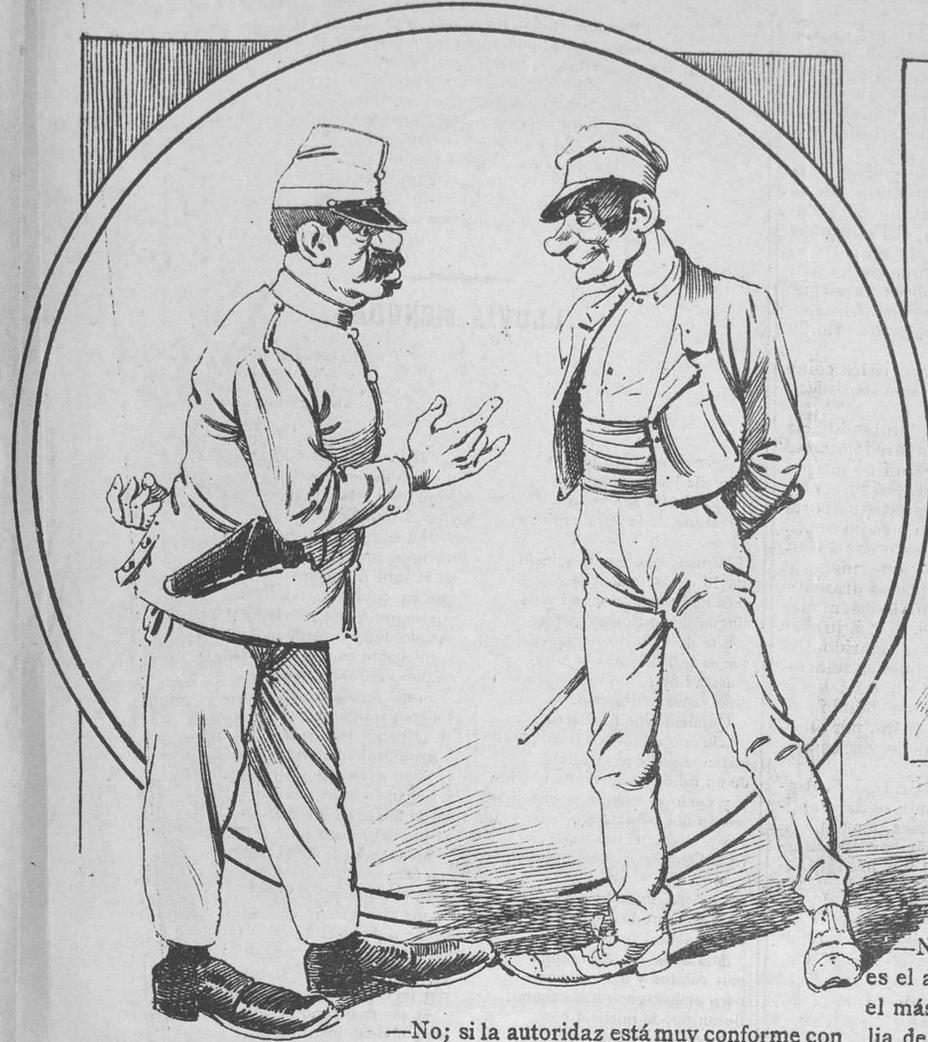
De Italia.... de Italia, como de Francia y de Inglaterra, podría yo hablar por mi propia cuenta, mas prefiero seguir al ilustre Bonghi, que nos cita ante todo el *Isotéo* y *La quimera*, de Gabriel d'Annunzio (el cual tiene, esto lo digo yo, en publicación unas *Elegías romanas*, de las que conozco algunas admirables). Bonghi dice de d'Annunzio que no realiza tanto como había prometido y que tiene mucho *calor* y poco pensamiento. Yo opino que cuando el *calor* sugiere ideas es también un modo de

(1) De Inglaterra no se habla aquí; pero Inglaterra es el país de los versos por excelencia, como dice bien Matheu Arnold: «Los franceses en prosa, nosotros en verso.»

EL SUBMARINO



— No falta más que se generalice eso de los submarinos para que la persigan á una los hombres hasta por debajo del agua.



— No; si la autoridaz está muy conforme con que deis vivas á Peral, pero sin colar los deos en los bolsillos de los espetadores.

— ¡Si es que, á lo mejor, con el entusiasmo, no sabe uno dónde mete la mano derecha!



— No he podido comprender todavía lo que es el aparato de profundidades. ¡Y eso que soy el más despejado de los que vamos á la tertulia de la condesa!



— Dicen eso de la letricidá pa engañar á los Colases como nosotros. Pero si el barco sube y baja, ¡es porque lleva besugos dentro!



— Como sudar, bien sudó, pero hoy he visto á D. isaac cuatro veces.

pensar. Carducci ha publicado *Terze odi barbare* durante el año pasado. Bonghi anuncia la obra poética tan esperada de la poetisa Vivanti, á cuyo libro Carducci ha puesto un prólogo. Yo he leído el prólogo, pero no los versos, que no sé si están ya publicados. Supongo que sí, pues he visto el anuncio. Bonghi cita varias traducciones notables, pero no se acuerda de la hecha por Rapisardi de algunas obras de Horacio.

De Noruega nos habla un Jøger que no sé si es el célebre escritor de ese apellido. De los jóvenes que cultivan la poesía dramática dice que son inferiores á los novelistas nuevos, y habla de imitaciones del famoso Ibsen. (Este Ibsen, el Echegaray del Norte, aunque por otro estilo, ha sido traducido en parte al francés, y sería agradable ver representadas por una Sara ó por una Duse su *Casa de muñecas* ó sus *Aparecidos*, obras raras que ponen el alma inquieta y hacen pensar cosas nuevas. *Los Aparecidos* tiene un final que inspira..... ataques de nervios.) En la poesía lírica cita á Jonas Lie y Kierulf.

De Polonia buenas noticias: mucha poesía, tanto lírica como dramática, esta última notable. Pero los nombres son imposibles. El que menos se llama Kuczynski.

Y por último, llegamos á Rusia. Allí, después de tantas luchas de escuela, de tanto calor por los partidos, ahora predomina el *individualismo*; cada cual es su propia escuela (y á mí no me parece mal; creo que sólo por ahí se va legítimamente á la verdadera armonía). El libro que más llamó la atención esta temporada fué *La sonata de Kreutzger*, de Tieski; pero eso no es poesía..... en verso. A otra cosa. El poeta Minski ha expuesto sus ideas, acerca de la inmortalidad que pide la conciencia y que niega la razón, en la obra *A la luz de la conciencia*. En la poesía dramática predomina el adulterio, pero allí no dan de puñaladas, ni matan á tiros, ni llevan á la cárcel á las adúlteras. No; á juzgar por las obras de Bobornikin, Shapajinski y otros, el marido ó la mujer engañados se encargan de restablecer las buenas relaciones entre los adúlteros, si por acaso se turban. De poesía lírica nada nos dice el Sr. Milyourkov, que más ha de ser hombre de ciencia y filosofía que otra cosa; pero á mí me consta, por otros conductos, que las revistas vienen siempre llenas de versos, generalmente patrióticos.

Y en cuanto á España..... En España, según el Sr. D. J. F. Riaño, que es nuestro cronista para el *Athenæum*, no se ha publicado nada nuevo digno de mención, en poesía lírica, mas que..... las poesías del Sr. Duque de Rivas..... ¡Así se escriben los *Athenæum*! ¡Sabe Dios cuántos disparates y mentiras me habrán hecho traducir esos señores corresponsales de las kkk y las schunmzz!.....

CLARÍN.

¡COMO OTRAS!

Camino de la ermita
iba la hermosa Irene una mañana,
sola la pobrecita
y entre alegre y contrita;
que siempre Irene fué buena cristiana,
y no faltaba á oír, al primer toque,
la misa que decía el padre Roque.
Detrás de Irene, aunque con paso tardo,
iba aquel día el tonto de Bernardo,
un mozo de la aldea, muy buen chico,
y aun hijo del alcalde-presidente
de aquel ayuntamiento, muy borrico
(hablo precisamente
del chico, no de aquel ayuntamiento
que, en tiempo de elecciones, se lucía,
si no por su legal comportamiento,
por lo bien y lo pronto que elegía;
porque el pueblo votaba
al que el gobernador recomendaba,
y el alcalde sus fórmulas tenía
todas de este calibre:
«La estaca libre en el sufragio libre».)
Decían si el mancebo
quería ó no quería á la zagala;
pero yo á confirmarlo no me atrevo,
porque aun cuando la chica no era mala,
¿quién dice sin empacho
si la querría, y para qué, el muchacho?
¿Qué iba pensando Irene? No se sabe:
Dios, que, según nos dijo algún poeta,
de cualquier corazón tiene la llave
porque es el corazón una gaveta,
pudiera descubrir aquel misterio.
Bernardo iba también absorto y serio:
tampoco se sabía
en lo que aquel imbécil pensaría,
porque era el mozo un tanto reservado
en todos los asuntos de su estado.
Caminaron así los dos zagales,
y al fin de la jornada
llegaron de la ermita á los umbrales
cuando estaba la gente arrodillada.
Entrambos se miraron,
y uno aquí y otro allá, se arrodillaron.

El padre Roque les rezó la misa,
sin quitar ni poner, pero con prisa,
y cuando él terminó, cada vecino
al pueblo regresó por donde vino.
Salió Irene también, de las postreras,
y Bernardo detrás tomó el camino
y llegó tras de Irene hasta las eras.
—Pero, bueno, y después de esa jornada,
¿qué pasó?—me diréis.—Pues..... eso, nada.
De este y otros modelos
han pasado..... muchísimos camelos.

EDUARDO DE PALACIO.

LLUVIA MENUDA

La lluvia menuda
es la que hace barro,
que la recia no deja señales
por donde ha pasado

FERRAN.

Ayer se pegó un balazo
el infeliz Juan Antonio,
y dejó escrita una carta
que al pie de la letra copio:

«Conste que no me suicido
por lo que se matan otros,
pues no he tenido en mi vida
ningún disgusto muy gordo.

Soy desdichado en *pequeño*,
que es lo más malo de todo,
y hasta hoy lo he soportado,
pero ya no lo soporto.

Quinientos mil alfileres
pinchando poquito á poco
matan mejor que una bala
de un cañón de á treinta y ocho;
y como el mundo en que vivo
me resulta purgatorio,
voy á buscar el descanso
en las garras del demonio.

Mi mujer es una santa,
me quiere, lo reconozco,
pero siempre los garbanzos
están salados ó sosos.

Mis hijos son querubines
muy rubitos y muy monos,
pero emborronan mis cuentas,
lloran por la noche á coro,
dicen que sí estoy en casa
cuando lo niego y me escondo,
y no hay papel importante
que yo no me encuentre roto.

Soy aseado, soy limpio
como los caños del oro,
y no sé lo que me pasa
ni cómo me las compongo,

que las manchas me persiguen,
y en un instante recojo
en el traje claro, tinta,
y en el traje negro, polvo.

Si una mujer agradable
me mira con buenos ojos,
ya se sabe de seguro
que me confunde con otro;
siempre tengo las visitas
cuando duermo ó cuando como,
y en cuanto empeño el paraguas
empieza á llover á chorros.

Si me regala un amigo
billete para los toros,
se suspende la corrida
ó mata cualquier *pistolo*.
Si un zapato se me rompe,
y riegan la calle, y corro,
he de meter en los charcos
el pie del zapato roto.

Me engaña el mejor amigo,
me falta el último fósforo
y en el café todo el mundo
se me sienta sobre el hongo.

Me piden lumbre en la calle
cuando voy á algún negocio;
si hago el amor, me pregunta
por mi esposa cualquier tonto;
se me enamoran las feas,
me convidan los roñosos,
me pegan palos los ciegos
y me atropellan los cojos.....
¡Me fastidia esta cadena
de desdichas..... y la rempo!
Conque no se culpe á nadie
de mi muerte.—Juan Antonio.»

SINESIO DELGADO.

EL MOSCÓN

—Pero, hombre, apaga ya la luz—dice la esposa, abriendo un ojo.—¡Dichosa *Correspondencia*!

—Deja, mujer, que ya no me falta más que los avisos útiles, que son un encanto.

—¿Los avisos útiles?

—Sí; siempre traen alguna simpleza.

—Pues vaya una utilidad!

—Escucha, escucha el de esta noche: «Á I. Mis papás.....»

—¡Ay! ¡Mátale!

—¿A quién? ¿Á mi padre?

—No, hombre, ¿no ves? Mírale allí..... no, allí, junto al techo.

—Pero ¿qué es?

—Un moscón, ¿no le ves? ¡Ay! Ya vuelve á volar.

Se oye un zumbido y el moscón pasa rozando las narices de Juan tres veces en un segundo.

—¡Dios mío! ¿Qué desgracia nos traerá este moscón? ¡Jesús, qué agüero tan malo!

Y al decir esto, la esposa se arrebujó en el lecho y Juan salta de la cama inmediatamente, se pone las zapatillas y busca por la alcoba un arma ofensiva.

Entretanto el moscón describe un tratado completo de curvas alrededor del quinqué, y Juan, sin cesar en sus pesquisas y dando tiritones, exclama:

—¡Válgame Dios, mujer! ¡Qué cobardona eres y qué supersticiosa!

—¡Y tú también!

—A mí me desagrada el zumbido, y nada más.

—Y cuando yo dejo las tijeras abiertas y en seguida vas á cerrarlas, ¿es también porque te molesta el zumbido? ¿Ó es porque tienes más miedo que un ratón?

—¡Aquí está!
Catalina da un salto en la cama.
—¿Un ratón?
—No, mujer, la toalla. Vamos á ver, ¿dónde está ahora ese bicho?
—¡Dios mío, qué noche de sustos! Ya verás cómo este moscón nos trae algo malo. Juan, abrigate.
—Para lo que voy á tardar en matarlo.... Ya le veo.
Juan dobla la toalla y, levantando el brazo, se apresta á descargar el primer golpe sobre su adversario.
Entretanto el moscón, sin quitarle ojo, va diciendo:
—Parece que este asno quiere hacer conmigo una barbaridad.
En esto llega el primer capotazo: el moscón da el quiebre de cintura, y Juan se queda mirando á todos lados.
—Lo he matado, ¿verdad?—dice mirando al suelo.
—Creo que sí.... ¡Ay! No; mírale, mírale....
En efecto, el moscón pasa y zumba más fuerte que antes.
Es que va diciendo:—Con razón temía yo una barbaridad. Parece que su mujer le ayuda. Si no estuviera tan arrebujaada, ¡ya le diría yo á esta señora!
Juan ha vuelto á levantar la toalla y rectifica la puntería.
Segundo golpe.
El moscón da el salto de la garrocha y va á pararse cerca del techo.
—¡Maldita sea tu estampa!—exclama Juan despechado.
—¡Jesús, qué torpe estás!—dice Catalina por vía de consuelo.
—Mira, ya estás tosiendo; te vas á constipar.... Déjalo, vale más que te acuestes.
—Acostarme.... ¡quía! Hasta que pisotee á ese perro no me acuesto.
Y haciendo de la toalla un rebuño, la arroja contra el moscón, que está tomando fuerza. La toalla no alcanza al insecto, pero cae sobre la cara del niño, que inmediatamente se despierta y se pone á berrear con toda su alma.
—¡Ya vamos á tener el niño malo! ¿Lo ves, Juan? ¡Si estos bichos no anuncian cosa buena!
—¡Noche toledana!—exclama Juan sacando al rorro de la cuna y tratando inútilmente de hacerle callar.
—Dámele—dice la acongojada esposa, y al mismo tiempo da dos puñetazos en el tabique.
Se oye una voz soñolienta que desde la habitación inmediata pregunta:
—¿Llama usted, señorita?
—Sí, Agustina; levántese usted y caliente un poco de cocimiento para el niño. ¡Dios mío, qué noche!
Mientras tanto el moscón y Juan bailan que se las pelan.... Parece que el moscón es el mismísimo diablo. Juan le acomete sin descanso: de frente, al sesgo, al relance, á la media vuelta, á la desesperada.... todo inútil: el bichejo gira y zumba como si se divertiera con nuestro hombre.
Juan tose bastante, y en su despecho insulta al moscón con lo peorito del idioma castellano.
El niño tose también.
Párase el moscón en la pared, y Juan le descarga la toalla como si fuera una maza. A pesar de lo seguro del golpe, el moscón se escapa.
—¡Pero qué bruto es este hombre!—dice.—Sin duda ha jurado exterminarme; y el caso es que cuanto más le miro, menos me acuerdo de haberle ofendido en ninguna parte. Descansemos un poco.
Y se posa en la puerta de escape.
Allá va Juan, terrible, siniestro, imponente, con la toalla en alto.
¡Zas!
Pero la puerta se abre al mismo tiempo, y Juan descarga el latigazo en la cara de Agustina, que lanza un chillido espantoso y deja caer al suelo el puchero del cocimiento.
—¡Jesús! ¿Qué es eso?—dice la esposa con toda su sangre alterada.
Juan deja escapar una ronda de cinco ternos seguidos al ver el desastre y ver al moscón dando vueltas alrededor del quinqué.
El rorro vuelve á berrear asustado; la madre le mece canturreando y llorando cada lagrimón como un garbanzo; Juan se sube á las sillas, da saltos, capotazos, revueltas y bofetadas; el moscón zumba que zumba, y la Maritornes, más roja la cara que un pimiento, vocea desde el pasillo, porque no se atreve á penetrar en la alcoba:
—¡La cuenta! ¡La cuenta ahora mismo! ¡Yo no quiero estar un momento más en esta casa! ¡Esta es un familia de locos!
—Pero, Agustina....—dice su ama.
—¡Vayan ustés á Leganés! ¡No quiero, ea, que no quiero!
Se oye un estrépito de mil demonios, y la escena queda en tinieblas. Las dos mujeres chillan como unas condenadas, el chico redobla el llanto, Juan maldice como un carretero y la criada aprieta á correr por el pasillo, dándose de calabazadas.
Juan había dado un capotazo, muy certero por cierto, al quinqué. El tubo se ha hecho añicos, y el petróleo, vertido é inflamado, corre por la estera, amenazando incendiar la casa.
El pánico se apodera de todos; marido y mujer salen despavoridos pidiendo socorro; los vecinos aporrean ya la puerta de la escalera y, gracias á su intervención, se conjura el peligro antes de que lleguen el sereno y los guardias.
Total: un pasmo la señora, otro el chico, una pulmonía simple ¡y tan simple! el marido, la estera quemada, el cocimiento per-

dido, el quinqué roto, cinco duros de multa impuesta por el alcalde, y la criada en la calle con la cara lo mismo que un sañaón visto con telescopio.

Y el moscón posado tranquilamente sobre un retrato de Juan.
F. SERRANO DE LA PEDROSA.

CHISMES Y CUENTOS

En pleno día, á la una de la tarde, y en sitio tan céntrico como la calle de Arguijo, en Sevilla, le fueron robados á mano armada al cobrador de la casa de los Sres. Ibarra 30.000 reales que llevaba en un paquete.

Esto, que parece una desdicha, es un verdadero adelanto.

Porque antes había que apreciar casi siempre en esta clase de delitos la circunstancia agravante de nocturnidad.

Y desde ahora pueden evitarse los jueces esa molestia.

—Cuando Dios te llame á juicio
yo por tí responderé,
que si tú contestas algo,
¡mi Dios te lo va á creer!

—Cuando la encuentro en la calle
me saluda con cariño.

Ella me dice:—¡Con Dios!
Y yo respondo:—¡Contigo!

FELIPE URIBARRI.

—¿Tú conoces á esa chica que se va á casar con Enrique?

—Ya lo creo. Enrique es el que no la conoce.

—¡Hombre!

—Porque si la conociera no se casaría con ella.

Rubitos suelen pintar
á los ángeles del cielo;
cuando se muera mi niña,
verán un ángel moreno.

RICARDO SOTO.

Historia general de España, escrita por varios académicos bajo la dirección de D. Antonio Cánovas del Castillo y publicada por *El Progreso Editorial*. Cuadernos 6.º y 7.º

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. P. V.—Madrid.—Son un poco incorrectos los endecasílabos.

D' Artagnan.—Con entera franqueza, no hará usted mal en soltar la péñola, al menos por ahora.

Sr. D. M. N.—Sevilla.—Pues... porque la suscripción origina gastos de administración que no tiene la venta. De lo otro.... hay opiniones.

Riqueño.—No es publicable es a precisamente, pero negar que versifica usted con soltura sería negar el misterio de la Santísima Trinidad.

Sr. D. M. Ch.—Sevilla.—Sí es publicable, pero no es de usted. Lo conozco hace mucho tiempo.

Cos.—¿Que no sirve? ¡Pues no se publican versos poco peores.... en los periódicos de pueblo!

Corcho.—Es infinitamente mejor la carta que los cantares. ¡Como que la carta es muy bonita y está muy bien hecha!

Dromedario 1.º.—Bueno, pero es usted dromedario voluntariamente. Porque no hay en el mundo quien lo haga tan mal sin querer.

Un curiana.—«Ayer vi con menosprecio
sentado sobre un tapón
al obeso y narigudo
emperador del Japón....»

¡Qué gracia le haría eso al que asó la manteca si resucitara!

Un chiflado más.—No me gustan esos, pero usted los hace bien; se ve en seguida. Si manda algo más, fírmelo para no andar con dilaciones.

Julio.—No hay que dejarse arrastrar por las pasiones cuando se hacen versos á la novia, porque á lo mejor resultan vulgaridades.

Sr. D. J. B. U.—Habana.—Tiene una dificultad, y es que, como hay tanta distancia, cuando ha llegado la contestación no se acuerda nadie de la pregunta.

Campanilla.—Gracias por todo. ¡Ay! Eso de los parásitos es de mal gusto.

93.—La idea no es mala. El desarrollo es lo flojito.

Fulano de Tal.—¡Qué atrevido es eso! ¡No le parece á usted? Porque lo grave es que si no se toma en mal sentido no tiene gracia.

Bimano.—¡Bueno estará Peral ahora para que le vayan con *endecasílabos* de trece, catorce ó más sílabas!

Alcachofas.—Sí que será usted persona ilustrada, pero los cantares no valen la pena de cantarlos en ninguna parte.

Ds-opt.—Si el caso no tiene nada de particular. Y.... ¡no mentemos el agua de Carabaña!

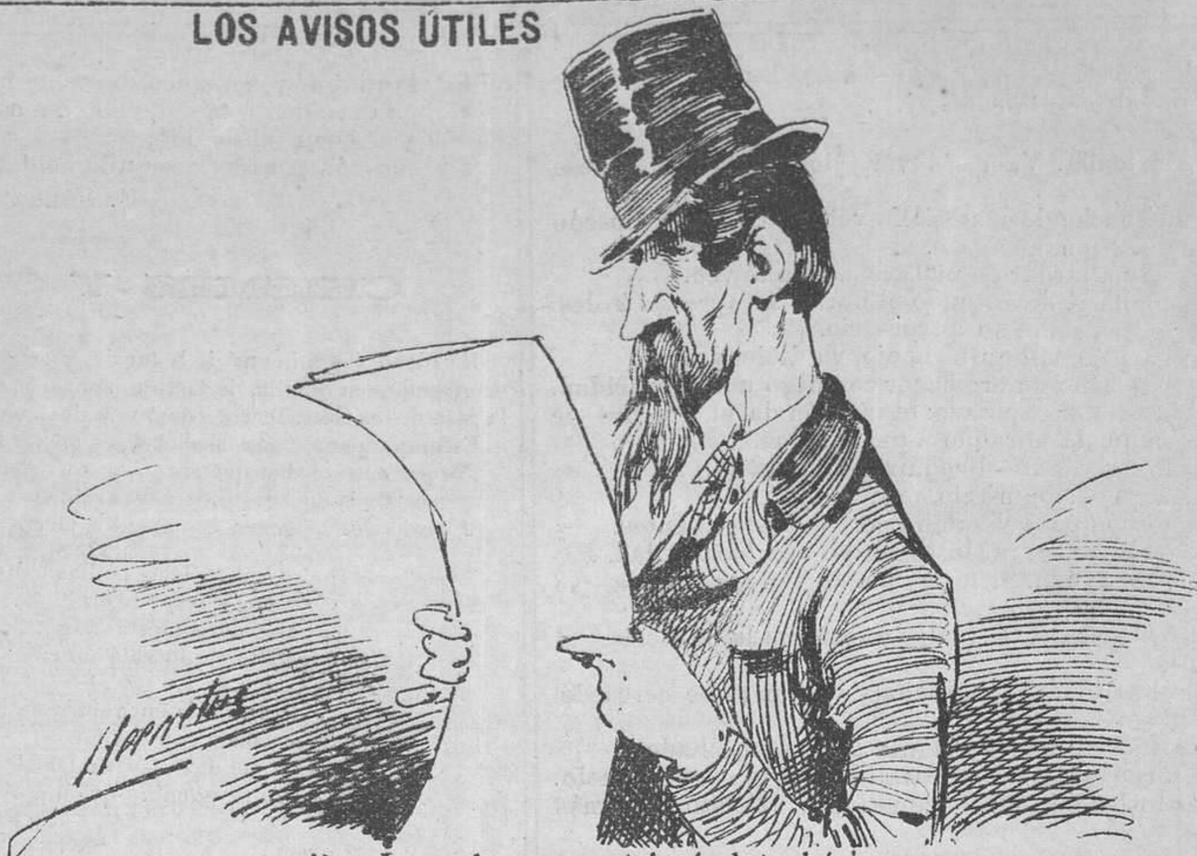
Raffalito.—La negativa recae sobre las dos cosas. Salta á la vista. Fíjese usted. Niego esto.... y.... esto. Para algo sirve la conjunción copulativa.

Sr. D. B. I.—Madrid.—¡Un millón de gracias!

NOTA.—Suplico encarecidamente á los muchos señores que se quedan sin contestación que me perdonen la falta, pero han llovido las epístolas y.... otra vez será.

MADRID, 1890.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa.
Calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 934.

LOS AVISOS ÚTILES



«K.—Loca de amor. Adorándote bárbaramente. Manda dinero.—K.»

¡Valiente k..... cho de primo estará él si te lo manda!

Est. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPAÑO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los librereros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.